

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

ILMO. SR. DON GREGORIO MORALES

EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA

Y

CONTESTACIÓN

DEL

ILMO. SR. DON JOSÉ MORENO ARENAS

ACTO CELEBRADO EN EL PARANINFO

DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA

EL DÍA 7 DE MARZO DE 2005

GRANADA

MMV

Edita: © Academia de Buenas Letras de Granada
academiabuenasletras@hotmail.es
Imprime: La Gráfica S.C.And. - Granada
Depósito Legal: Gr- 341/2005
I.S.B.N.: 84-933672-4-9

DISCURSO
DEL
ILMO. SR. DON GREGORIO MORALES

¿Qué es erotismo?

Excmo. Sr. Presidente,
Excmos. e Ilmos. Sres. y Sras. Académicos,
Señoras y Señores:

NO hay mejor modo de contar la historia de la humanidad que a través del erotismo. Como afirma Francesco Alberoni: "La sexualidad, en el animal, es una fuerza previsible, cotidiana. Sólo cuando en el ser humano se convierte en erotismo, se transforma en una potencia excitante que desafía el peligro. Sólo en el ser humano se convierte en algo desmedido porque la alimenta una fantasía inagotable".

Siendo el erotismo fantasía, la literatura es su mejor instrumento, porque nada como las palabras para alimentar el territorio de la imaginación. Por ello, sólo a través de la literatura podemos dar cuenta cabal de esta milenaria pregunta: ¿Qué es erotismo?

Tras bucear en obras de todos los tiempos y países, llega por sí sola la conclusión de que el erotismo es un modo de *individuación*, significando con este neologismo el proceso por el que un hombre y una mujer se despojan de todas aquellas características que no les son intrínsecas -generación, nacionalidad, familia, clase...- para hacer emerger aquello que les es único e irrepetible y que no tuvo, tiene ni tendrá jamás ningún otro ser humano.

Platón distinguía dos tipos de amor: El de la Afrodita Pandemo o Popular, que era el amor practicado por la mayoría, el que busca el goce y la satisfacción inmediatos, y el amor de la Afrodita Urania o Celestial, donde la relación erótica era vista como una vía de conocimiento. Si salvamos el

hecho de que este último amor era concebido únicamente en la esfera homosexual, resulta innegable que, cuando el erotismo se convierte en un dispositivo para individuarse, nos encontramos plenamente en el dominio de la Afrodita Urania.

El amor de la Afrodita Urania no se opone ni al placer ni a la sensualidad ni al estímulo afrodisíaco; sólo que, a diferencia del eros de la Afrodita Pandemo, no se estanca en ellos, sino que sabe trascenderlos hacia un objetivo más lejano, donde conocimiento y éxtasis se funden en un mismo hálito.

De cuantos personajes eróticos conocemos, quizá el que mejor sintetice cuanto acabamos de decir sea Estudiante Antes de Medianoche (*Jou Pu Tuan*, Li Yü): Está tan fascinado por la mujer, que ésta se convierte para él en una "estrella de oraciones de carne" (es lo que significa literalmente *Jou Pu Tuan*). La expresión no es insidiosa, sino ilustrativa de que perseguir, conquistar, amar y poseer a las mujeres es para el protagonista el equivalente de la oración que un anacoreta realiza sobre su estera.

Toda individuación pasa por diversas etapas, cada una de las cuales se inaugura con una trasgresión. Por eso, el erotismo se halla tan íntimamente unido a la heterodoxia. Sólo de trasgresión en trasgresión, ha podido evolucionar a lo largo de la historia.

Tinieblas.

Una de las primeras transgresiones se produce cuando tiene lugar el encuentro con *la sombra*, es decir, con nuestra parte más oscura y siniestra. Quien inicia su individuación, debe integrar esta *sombra*, asumirla, pactar con ella.

En el caso de Estudiante Antes de Medianoche, su som-

bra está ligada al irreprimible deseo de hacer continuamente el amor con las más variadas y hermosas mujeres, y se concreta en el miembro de perro que el cirujano le injerta. Como el mismo protagonista dice: "¡Con un arma como ésta, tomaré por asalto cualquier fortaleza!". Ese miembro monstruoso simboliza su parte animal, su lujuria demoníaca y sin constricciones. Mientras Estudiante Antes de Medianoche sigue sus dictados, es evidentemente un esclavo de la sombra. Sólo cuando comience a conocerla y entre en una relación dialéctica con ella, podrá iniciar su liberación y proseguir en la profundización de su erotismo.

Si el eros ha estado casi siempre desligado de la existencia normal como algo maldito, semejante actitud llegó a su paroxismo en el siglo XVIII, donde, en aras de la razón y de las buenas costumbres, la libido es descartada y relegada a lo más recóndito e innombrable. En su *Diccionario secreto*, Cela nos cuenta que los preciosistas franceses se abstendían de pronunciar *concilier* ("poner de acuerdo"), porque, siendo la designación de "coño" *con* y significando *ciller* "pestañear", "la mala intención quería entender pestañeo del coño o coño pestañoso". También refiere con su cachazudo humor cómo "evitaban decir *ridicule* porque les asustaba el sufijo". Es la época en que más palabras se tornan tabú, creándose un doble lenguaje, uno para la intimidad y otro para el desenvolvimiento público, lo cual aún seguimos arrastrando en nuestros días.

En una sociedad donde cualquier concomitancia con lo erótico se reprime así, éste suele metamorfosearse en escatología y obscenidad; encontramos ejemplos en prestigiosos escritores como Lafontaine, Denis Diderot, Samaniego, Meléndez Valdés, Nicasio Gallego o Nicolás Fernández de Moratín, quien comienza así su *Arte de las putas*:

*En la ley natural no fue delito
ser los hombres más justos putañeros,
ni tuvo entonces tasa el apetito.
Del padre Abraham las venerables canas
con la mulata Agar reverdecieron,
y Jacob satisfizo a ambas hermanas,
y el justo Loth, después de bien bebido,
de Segor en los senos más secretos
hizo a sus hijas madres de sus nietos.*

Un mundo tan edénico como el que se colegía de las ideas ilustradas, tenía una inmensa necesidad de complementación en su polo negativo. No era sólo una liberación, sino también un modo, probablemente inconsciente, de conjurar los peligrosos efectos que produce toda represión.

Por paradójico que pueda parecer, Sade será el primero en tomar esta camino salvador para la sociedad, haciendo emerger de manera catártica lo más oscuro del sexo. Seguirán su ejemplo, en diferentes sentidos, Choderlos de Laclos con *Las amistades peligrosas*, Madame Le Prince Beaumont, a cuya pluma se debe *La bella y la bestia*, y Matthew G. Lewis, autor de *El monje*, donde resulta inolvidable el pasaje en que Ambrosio descubre que su compañero de celda es una mujer, Matilde, ávidamente enamorada de él. Como la rechaza, ésta intenta poner fin a su vida con un puñal:

Los ojos del fraile siguieron espantados la trayectoria de la daga. Matilde se había rasgado el hábito, y su pecho quedaba medio al aire. Apoyó la punta del arma sobre el seno izquierdo. Y ¡oh qué seno! La luna, iluminándolo de lleno, permitió al monje observar su deslum-

brante blancura. Sus ojos se demoraron ávidos en la hermosa redondez. Una sensación hasta entonces desconocida inundó su corazón con una mezcla de ansiedad y placer. Un fuego abrasador le recorrió todos los miembros. La sangre hirvió en sus venas, y mil demonios insensatos aturdieron su imaginación.

En el XIX no sólo continúan las creencias inocentemente positivas del siglo anterior, sino que, con el desarrollo de la banca, el comercio y la industria, se acrecen. Dos ejemplos bastarán para comprender hasta qué grado de mojigata constrictión puede llegarse: En la Inglaterra victoriana, los solteros eran vistos con suspicacia, imaginándolos poseedores de cuantos vicios la sociedad denostaba, y, como castigo o disuasión para que se casaran, se les obligaba a pagar un impuesto especial.

Brusendorff y Henningsen nos aportan un segundo ejemplo de mojigatería. En su *Historia del erotismo*, nos cuentan que "llevó generaciones erradicar el terror del desnudo integral. Los pocos hombres que en la Europa de hace cien años preferían mantener relaciones con una mujer desnuda, tenían que pagar extra en los burdeles, porque las prostitutas lo consideraban también como una perversión."

Bajo hechos como éstos, se nos ilumina en su verdadera significación la labor heterodoxa que durante este tiempo llevarían a cabo aventureros como Mary Shelley, Sainte-Beuve, Espronceda, Gautier, Zorrilla, Sacher-Masoch, Swinburne, Stevenson... y, fundamentalmente, Baudelaire y Lautréamont.

Baudelaire exaltó con una fuerza inédita el erotismo *perverso*. Relacionando lo afrodisíaco con la muerte y reivindicando decididamente el lesbianismo, enfrentó a la conciencia

de su tiempo con sus fantasmas y sus deseos más escondidos. Pero nadie ama ver su verdadero rostro, y fue por ello juzgado y obligado a censurar parte de su obra.

Sin embargo, la brecha de libertad hacia la recuperación de *la sombra* estaba abierta, y Lautréamont se encargaría de agrandarla. Enlodazándose aún más en lo proscrito, reivindicaba el lenocinio, sustituyendo blasfemamente "el espíritu de Dios que pasa" por el "agudo suspiro de la prostitución"; nos pinta su ayuntamiento bestial con la hembra de un tiburón; canta la sexualidad ambigua del hermafrodita... No es de extrañar que la edición de *Los cantos de Maldoror* fuese secuestrada en su integridad.

Aún quedaba una *sombra* por salir a la luz: La homosexualidad. Uno de los primeros en mostrar esta faceta *innombrable* de un modo valiente, vital y entusiasta, es Walt Whitman. "He resuelto no cantar hoy más que los cantares del afecto viril", proclama en *Calamus*. Y también:

*Me dirijo a cuantos son o han sido jóvenes,
a quienes narraré el secreto de noches y días,
para celebrar la necesidad de camaradas.*

El mismo Whitman se autodenomina "el poeta de los camaradas". En todo instante, está presente en él el amor masculino:

*...cuando pensé que mi amigo querido, mi amante, venía a mí
encuentro, oh, entonces fui feliz.*

Si descartamos la reticencia y hasta el malestar de una parte de la crítica de su tiempo, Whitman no tuvo problemas con su homosexualidad.

Sí los tuvo, en cambio, y grandes, Wilde, quien también dio forma artística, sin complejos ni engaños, a su inclinación, por más que publicara anónimamente *Teleny*. Desde la primera página, el protagonista, Camille des Grieux, expresa su amor por Teleny, que ofrece un concierto al auditorio; Camille se enardece tanto que llega a tener un orgasmo simplemente contemplando a Teleny:

Él, en persona, representaba por su belleza y carácter esta música extasiante. Al escucharlo, yo me sentía hechizado (...) Me pareció sentir que una mano invisible se deslizaba por mis rodillas; algo en mi cuerpo fue tocado, cogido, estrechado, y una voluptuosidad indescriptible embargó de pronto todo mi ser. La mano subía y bajaba, lentamente al principio, luego cada vez más deprisa, siguiendo el ritmo del canto. El vértigo se apoderó de mi cerebro, una lava ardiente corrió de pronto por mis venas...

En el XIX, pues, las *sombras* del erotismo habían sido, no sin sufrimientos ni continuas humillaciones, reivindicadas por un grupo de aguerridos pioneros. Ahora les quedaba ser integradas en el todo, tratadas en pie de igualdad con la *libido positiva*. Semejante labor la llevarían a cabo los *surrealistas*, con los cuales se produce una explosión de libertad que abre las puertas para el llamado "amor libre" que se practicó en la década de los sesenta y setenta del XX. El ejemplo más claro lo encontramos en Apollinaire. En *Las once mil vergas*, nos introduce en un delirante abismo erótico, en el que, abolidos el tiempo y las distinciones, se sucede y mezcla toda la variedad de lo sexual: Lesbianismo, pedofilia, sadismo, masoquismo, coprofilia, zoofilia... Ni siquiera se excluye el

crimen. Y todo esto se desarrolla sin constricciones. El hecho de que publicara la obra anónimamente no obstaculiza el aura de normalidad que *las sombras* asumen en ella. En realidad, muchos de los mejores libros eróticos del surrealismo se publicaron sin el nombre del autor por razón de las leyes francesas contra la pornografía.

Benjamín Peret sigue esta línea blasfema y pansexual en *El vizconde Pajillero de los Cojones Blandos*. Louis Aragon lo, como nadie había hecho hasta entonces, la belleza del órgano sexual femenino en *El coño de Irene*. Georges Bataille explora las concomitancias del erotismo con la violencia, la muerte y lo sagrado. Pierre Klossowski indaga los aspectos eróticos del lenguaje. La ambigüedad lasciva de las palabras será la faceta en que se adentre Samuel Beckett. Lawrence Durrell, en *El libro negro*, conecta con la tradición escatológica de Turmeda y Rabelais. Henry Miller retrata los escondidos e insaciables deseos del hombre contemporáneo...

La parte inversa.

Con la integración de *la sombra*, hemos recorrido un buen trecho del camino hacia la *individuación*. Hecho el armisticio, la siguiente figura con que nos encontramos es con lo que Jung denomina *ánima* y *ánimus*. La primera podríamos denominarla como la parte femenina del hombre; el segundo, la parte masculina de la mujer. Tanto el *ánima* como el *ánimus* constituyen un elemento de relación entre el inconsciente y el consciente. El *ánima* unifica y vincula; el *ánimus*, diferencia y reconoce. A menudo, un hombre busca en la vida real el reflejo de su *ánima*, mientras la mujer hace lo correspondiente con respecto a su *ánimus*. Ello explica que casi siempre se elija como pareja al mismo tipo de mujer u hombre.

La búsqueda *consciente* del ánima o del ánimus es el cumplimiento en lo real del descubrimiento interior. Lamentablemente, a causa del tradicional relegamiento de la mujer, los testimonios que poseemos son abrumadoramente masculinos.

Toda la tradición que va desde el *amor udrí*, pasando por el *amor cortés*, el *dolce stil novo*, el *vainarismo* y el *sahayajismo*, son un culto del ánima. El hombre proyecta en la mujer una imagen interior, que lo tutela en la mayoría de los sueños y ejerce como una compañera infatigable, guía y maestra de ceremonias. El ejemplo más palmario de todo esto es la relación de Beatriz con Dante en el canto tercero de *La divina comedia*, conduciéndolo por las regiones superiores.

La novela caballeresca se adueñará de esta imagen ideal de la mujer, que encontraremos nuevamente plasmada en la Dulcinea de *Don Quijote*; no cabe otra imagen más cabal del ánima, puesto que don Quijote proyecta su forma interior—estilizada, bella, sensible— sobre rudas campesinas y contrahechas venteras. No de otra forma actúa la psicología del hombre normal cuando se enamora de una mujer.

En el *Chin p'ing mei*, de Wang Shih-chên, Loto Dorado actúa con respecto a Hsi Men como su ánima: En cuanto lo ve, se enamora de él; por su amor, asesina a su esposo; es permanentemente su amante y confidente...

En muchos otros personajes femeninos encontramos la función del ánima: En la *Moll Flanders* de Daniel Defoe, en la Cunegunda que perseverantemente ama *Cándido*, en la Sophia tras cuyos pasos camina infatigable *Tom Jones*, en la Carlota por la que suspira *Werther*, en la Inés de *Don Juan Tenorio*, en la *Madame Bovary* de Flaubert, en la *Naná* de Zola, en la *Sijé* de Eugenio D'Ors, en la *Doña Bárbara* de Rómulo Gallegos...

Pero si hay una obra que mejor haya reflexionado sobre el ánimo, ésta es *El hábito*, de Juan José Domenchina. Su protagonista, Jacinto, tiene un sueño en el que se le aparece una mujer desnuda que le dice: "Yo soy la Tuya". A su pregunta, ella responde:

-Sí, la Tuya. ¿No me ves? Soy la que tiene que ser Tuya, la única que ha de poseerte; la única que será por ti poseída.

Cuando Jacinto se encuentra con Gabriela, la mujer de su tío, sufre una conmoción: "¡Ella, Señor! ¡La Mía!", exclama. Ha reconocido en su tía la imagen que le mostraron sus sueños: "...Tú eres –tal es mi designio– mi mujer", le dice.

En cuanto al ánimo, creo indudable que lo representan tanto la figura de Abelardo para Heloísa (véanse sus *Cartas*) como la de Bouton de Chamilly para Mariana de Alcoforado, quien, en sus *Cartas de amor de una monja portuguesa*, llega a decir:

No me arrepiento de adorarte, hasta me lisonjea el que me sedujeras. Tu rigurosa ausencia, tal vez eterna, no disminuye en nada la violencia de mi amor. Quiero que toda la gente lo conozca; no hago misterio de nuestras relaciones; me precio de haber atropellado por ti toda especie de decoro. Solo en amarte perdidamente toda la vida hago consistir mi honra y mi religión.

Al contrario de las figuras femeninas que hemos visto anteriormente, cuyo objetivo era poner al hombre en contacto con la intuición, ahora Abelardo y Bouton de Chamilly representan para Heloísa y Mariana la relación con el mundo

exterior, con el *logos*, que es también la misión del animus en los sueños. En ellos, frecuentemente aparece como el príncipe encantador que, con un beso, rescata a la princesa de su sopor eterno (es decir, de su fluir en el inconsciente). María de Zayas utiliza el ánimos en un sentido parecido. A pesar de los sinsabores y peligros a que se ven sometidas sus heroínas, casi siempre, al final, aparece un hombre honrado que las ama lealmente y que las ayuda en su venganza para luego restituirles el honor perdido por medio del matrimonio.

Dentro de la literatura contemporánea, *El amante*, de Marguerite Duras, porta sobre sí otra clara proyección del ánimos.

La conquista del amor.

Otra de las transgresiones más profundas del erotismo ha sido la de la conquista del amor por la mujer, derecho del que estuvo privada durante siglos. Así, en la Antigüedad, la mujer era un mero objeto de pulsión. Esto es lo que siente el egipcio Setna al contemplar a la sacerdotisa Tbusui (*Papiro Doulacq*):

Un día en que Setna se hallaba cerca del templo de Ptah, vio una mujer de tal belleza que ninguna otra podría igualarla. Lucía numerosas joyas de oro, y con ella estaban cincuenta y dos servidores de uno y otro sexo. Desde el momento en que la vio, Setna no supo ya en qué mundo vivía.

No, no se ha enamorado de ella. Sólo la desea físicamente, pero con una fuerza tan arrolladora que, para lograr su objetivo, no duda en dilapidar toda su hacienda y en matar incluso a su mujer e hijos.

Frente a la perfidia de las mujeres, el amor era un asunto de hombres. La *paideia*, mediante la cual un joven o *erómeno* tomaba como amante a un hombre maduro o *erasta*, que, a la par, era su maestro, se mantuvo vigente en la Antigüedad durante muchos siglos. Cuando, al fin, en la literatura trovadoresca, el amor se hace extensible a la mujer, ésta ha de conservar las características del efebo: rubia, esbelta, de ligeras formas, de senos apenas insinuados... Y, aunque, a partir de aquí (ss XI-XII), la mujer se hace acreedora del amor, su papel es y será por muchos siglos el del erómeno, es decir, el de una discípula respecto de su amante, al que se le conceden todas las características de maestría y experiencia que se le suponían al hombre maduro griego.

Esta relación de erotismo subordinado llega hasta las primeras décadas del siglo XX. Si nos fijamos en la paradigmática novela de Eugenio D'Ors, *Sijé* (1928-1929), reparamos en que la protagonista del mismo nombre cumple a la perfección las características del adolescente griego. Sijé es así una mujer con leves caderas, pelo corto, atuendo masculino, deportista, amante de los automóviles y de la velocidad... No es casual que, en el primer momento en que la ve, D'Ors se pregunte "¿Muchacha? ¿Muchacho?", para añadir más adelante: "Sijé fue una de las primeras mujeres de nuestro continente que se cortó el pelo. La breve melenilla (...) pudo parecer aun, por aquellos días, adorno de un efebo..."

Sólo como efebo, pues, podía la mujer, a comienzos del siglo XX, transgredir los límites impuestos.

Pero la mujer tenía que desembarazarse de su papel de discípula y adquirir en todo las características del *erasta*, es decir, el derecho a la posesión plena del eros y, con él, la

posibilidad de ser una amante *activa*, de modo que las relaciones entre ambos sexos sean de absoluta igualdad.

Este ahondamiento en la trasgresión comenzó a mediados del XX y, durante todo el siglo XXI, estaremos inmersos en él. Actualmente contamos con un número no despreciable de escritoras que, habiendo conquistado los derechos del *erasta*, "enseñan" a otros hombres y mujeres su camino de la sexualidad. Citemos, como un breve ejemplo, a Colette, Juana de Ibarbourou, Anaïs Nin, Marguerite Duras, Shere Hite, Anne Cumming, Xaviera Hollander, Enmanuelle Arsan, Ana Rosetti, Laura Esquivel, Mercedes Abad, Almudena Grandes, Anchee Min, Wittig y Zeig...

El último grado.

Con las transgresiones anteriores, el erotismo alcanza el último grado de individuación, el que arriba al *sí mismo*, al que podemos denominar como *inconsciente personal rector*, o *destino*. Incluso podemos ir más lejos y abarcar con él parte del *inconsciente colectivo*. Jung da las siguientes definiciones del *sí mismo*: "El arquetipo central (...) La totalidad del hombre (...) Es una magnitud antepuesta al yo consciente. Comprende no sólo la psique consciente, sino también la inconsciente (...) Es no sólo el centro, sino también aquel ámbito que encierra la consciencia y el inconsciente; es el centro de esta totalidad, como el Yo es el centro de la consciencia (...) Es también la meta de la vida, pues es la expresión más completa de la combinación del destino que se llama individuo."

No hay que ir muy lejos para comprender el carácter extático que porta consigo todo erotismo. Clifford Bishop lo señala de manera acertada: "A lo largo de toda la historia

conocida -y probablemente desde antes-, el sexo se ha venido considerando como un medio, tanto psicológico como simbólico, para curar esta ruptura entre la persona humana y el resto del universo (...) El éxtasis sexual se ha utilizado abundantemente (...) como método para disolver la sensación mental de un 'yo' exclusivo, facilitando la unión entre varios espíritus humanos, o entre un espíritu humano y el de una divinidad o esencia divina."

No es extraño que, desde la más remota antigüedad, los tántrikas eligieran el camino del sexo para su búsqueda de lo absoluto. Por medio del ritual, el hombre y la mujer se transforman en la encarnación de Shiva y Chakti. Entonces, la unión sexual dejaba de tener un carácter solamente físico y carnal para adquirir un sentido de búsqueda, correspondiendo el clímax a la ruptura de nivel de la conciencia individual y a la repentina fusión con el inconsciente.

Esa fusión es una inmersión en el *sí mismo*, donde se neutralizan las diferencias para lograr una "coiunctio oppositorum": Los opuestos se entrelazan dando lugar a algo nuevo con connotaciones cósmicas. Quien vive la realización de esta unidad, siente una inconmensurable trascendencia y no puede evitar quedar marcado por lo acaecido. Un ejemplo ilustrador, aunque producido por el hartazgo de numerosísimas uniones sexuales, lo tenemos en Estudiante Antes de Medianoche, cuando, de repente, asaetado por el dolor, toma conciencia de lo baldío de su vida y vislumbra algo que la trasciende; como él mismo dice, "he saboreado todas las dulzuras y todas las amarguras..., no hay nada que no haya probado. ¿Qué estoy esperando? ¡Ha llegado el momento de despertar!"

Desde muy antiguo, las religiones, con mayor o menor

profundidad, siempre han sabido de estas estrechas conomicancias entre lo sagrado y el eros, y las han puesto de manifiesto en sus doctrinas y ritos.

Herodoto, en su historia de las guerras persas, nos cuenta que en los cultos mediterráneos de tipo afrodisiano, una joven no podía casarse antes de haberse ofrecido dentro del templo a un extranjero, el cual invocaba en ella a la diosa.

Una costumbre semejante se practicaba en Babilonia a mediados del siglo V a. C.: Toda mujer debía prostituirse una vez en su vida en el templo de Melitta (equivalente a Venus), igualmente con un extranjero.

La hierogamia sagrada o ayuntamiento ritual entre un sacerdote y una sacerdotisa existió en los templos de Israel durante la época de los patriarcas. También en las fiestas indias del Mahâvrata, durante las cuales, y en el lugar consagrado para el sacrificio, se practicaba la unión entre una prostituta (*pumçcalî*) con un asceta (*brahmacârin*).

Numerosos templos han poseído dependencias para la prostitución. Así sucedía en la ciudad de Ur, cuyo templo poseía un burdel anexo con prostitutas sagradas que se jerarquizaban en tres categorías, la última de las cuales, las *hari-mates*, se hallaba al servicio de los fieles. Hasta hace muy poco tiempo, por otra parte, ha existido en la India la prostitución sagrada.

Susan Sontag ve tan clara la identidad entre sexo y aspiración de absoluto, que llega a decir que "las formas más extremas de pornografía occidental (...) responden a la necesidad humana de trascendencia desde que la religión empezó a incumplir esta función".

En palabras de Francesco Alberoni, "lo divino o lo demoníaco, al irrumpir en la sexualidad, la transforman en erotis-

mo, porque nos dejan entrever lo maravilloso, lo extraordinario, lo emocionante, lo sublime. O bien, únicamente lo diverso, lo desconocido, el desafío."

La inmersión en lo sagrado constituye, pues, la cima del erotismo, como lo constituye de la individuación. Ambas cosas penetran en lo más profundo, en lo más alto, en lo más bajo, en lo más complejo, en lo más borroso.

Desde esta perspectiva, no nos puede extrañar que Boris Vian considerase que "los libros sagrados podrían ser clasificados en la categoría de grandes libros eróticos".

Casi todas las religiones y textos sagrados abundan en historias y pasajes eróticos. Ya no es sólo que las mitologías griegas y latinas estén plagadas de ellos, sino también *La Biblia*, tanto el *Antiguo* como el *Nuevo Testamento*, aunque en el primero aparece con toda la franqueza, fuerza, crueldad y heterodoxia de los siglos primigenios, narrándonos historias tan chocantes como que, al ver los sodomitas a los ángeles que Yahvé le envía a Lot, ansían hacer el amor con ellos y corren a casa de éste para tomarlos. Lot se niega... ¡pero a cambio pretende entregarles a sus hijas! "Tengo dos hijas que no han tenido que ver con hombres; os las sacaré para que las tratéis como queráis...", les dice. Cuando Sodoma y Gomorra son destruidas y Lot se refugia en la montaña con sus hijas, éstas, con objeto de tener descendencia, lo emborrachan y yacen sucesivamente con él. La historia de Tamar no es menos escabrosa.

Pero si hay una obra en *La Biblia* donde el erotismo alcance la totalidad y carácter numinoso que hemos asignado al *sí mismo*, es el *Cantar de los cantares* de Salomón. En unión, entre otras obras, de *Los amores de Rada y Krisna*, de Chandidasa, *El libro de la vida*, de Teresa de Jesús, el

Cántico espiritual, de Juan de la Cruz, los *Poemas eróticos* de Rubén Darío, la *Historia del ojo*, de Georges Bataille y determinados sonetos de amor de Blas de Otero, estamos ante las obras donde el erotismo ha llegado más lejos, explorando cuanto de turbador, complejo, singular o inquietante hay en el sexo.

En todas ellas, lo divino y lo humano se mezclan de tal forma que a menudo han sido interpretadas como exclusivamente religiosas o paganas. Esta ambigüedad es en realidad una prueba de la totalidad alcanzada. Significa que el erotismo, después de una larguísima odisea, ha llegado a su destino; tras perderse en los otros, ha llegado a sí mismo. A través de la exploración de los demás, a través de la entrega, a través de la fusión, encontramos nuestra propia música. El erotismo es autoconocimiento. Por ello, cualquier biblioteca atesora entre sus paredes la energía afrodisíaca de la humanidad. Nadie que no rebusque en sus anaqueles y lea, podrá llegar hasta las últimas profundidades de sí mismo. El erotismo es una cuestión de cultura. De ahí que se esté perdiendo en nuestra sociedad bárbara, sustituido por la pornografía. Pero allá donde hay un libro, hay una persona que nos ofrece impudicamente sus dones. Seamos promiscuos. Vivamos en una permanente orgía erótica. Es decir, en una permanente orgía literaria.

GREGORIO MORALES
(Granada, 1952)

Es licenciado en Filología Románica. Durante los años ochenta dirigió la Tertulia de Creadores en el Círculo de Bellas Artes de Madrid, exponente de lo que entonces se dio en llamar "movida madrileña" o Posmodernida). En el mismo tiempo, colaboró en las revistas *La luna de Madrid* y en *Ínsula*. En 1994, cofundó y presidió el grupo Salón de Independientes, del que formaron parte sesenta escritores en reivindicación de la libertad del artista, tanto personal como estética, respecto de cualquier grupo político, económico o religioso. Sus ideas creativas se hallan contenidas en *El cadáver de Balzac* (De Cervantes Ediciones, Alicante, 1998), donde propugna un paradigma artístico en consonancia con los descubrimientos de la ciencia y de la psicología contemporáneas, y propone un nuevo humanismo en el que la libertad del hombre y la democracia resultan tan esenciales como la creación. En *Principio de incertidumbre* (Novatores, Diputación de Valencia, 2003), amplía, profundiza y diversifica las ideas anteriores. Pertenece al Grupo de Estética Cuántica. Es miembro electo de la Academia de Buenas Letras de Granada. Escribe de literatura, arte y erotismo en diversas revistas nacionales, siendo además columnista del diario IDEAL de Granada.

Ha publicado las novelas *Y Hesperia fue hecha* (Swan, Madrid, 1982), *Puntos de vista* (Libertarias, Madrid, 1985; edición revisada: 1992), *La cuarta locura* (Grijalbo-Mondadori, Barcelona, 1989), *El amor ausente* (La General, Granada, 1990), *El pecado del adivino* (Grijalbo-Mondadori,

Madrid, 1992), *Ella. Él* (Epígono Ediciones, Alicante, 1999) y los volúmenes de relatos *Erótica sagrada* (Siddharth Mehta Ediciones, Madrid, 1989), *Razón de amor* (Universidad de Granada, 1987) y *Cuentos de terror* (Grijalbo-Mondadori, Barcelona, 1989) -estos dos últimos, colectivos-. Es también autor de *El juego del viento y la luna. Antología de la literatura erótica* (Espasa, Madrid, 1998). Está incluido en las antologías *La novela española dentro de España* (Antonio Fernández Heliodoro Ed, Burgos, 1987); *Narradores andaluces contemporáneos* (Manuel García Viñó Ed., Madrid, Ibérico Europea de Ediciones, 1988); *Miscari nocturne. Proza spaniola actuala* (Antologie si traducere de Andrea Vladescu si Coman Lupu), Calarasi (Romania), *Alas, 1992*; *Literatura en Granada. 1898-1998* (Amelina Correa Ed., Granada, Diputación Provincial, 1999), *Intermezzo granadino* (Francisco Peralto Ed., Málaga, Corona del Sur, 2000) y *Cuento al Sur. 1980-2000* (Pedro M. Domene Ed., Málaga, Editorial Batarro, 2001). Es autor del primer capítulo de la obra colectiva *El mundo de la cultura cuántica* (2002), que han lanzado simultáneamente la editorial norteamericana Greenwood (en inglés y en su sello Praeger) y la española Port-Royal Ediciones (en castellano). Sus últimas obras aparecidas son el volumen de relatos *El devorador de sombras. Cuentos de suspense y terror*, (Granada, Port-Royal Ediciones, 2000), *Puerta del Sol* (Granada, Dauro Ediciones, 2003) y *La individuación* (Granada, Alhulia, 2003). Por otra parte, la editorial virtual novalibro.com ha reeditado *Erótica Sagrada* (2001). Su última publicación es el libro de poemas *Canto cuántico* (Granada, Dauro Ediciones, 2003), donde el autor lleva a cabo una celebración de las partículas elementales que conforman la materia, la vida y el pensamiento.

CONTESTACIÓN
DEL
ILMO. SR. DON JOSÉ MORENO ARENAS

Excmo. Señor Presidente,
Excmos. e Ilmos. Sres. y Sras. Académicos,
Señoras, Señores:

TUVE la suerte de asistir –creo que ya va para dos años– a una magnífica conferencia que nos fue regalada durante un inolvidable atardecer granadino por Francisco Morales Lomas –buen amigo de muchos de quienes están hoy aquí congregados– sobre la narrativa de esta tierra, sobre el quehacer novelador de quienes pasean sus inquietudes editoriales por esta –como diría nuestro recordado Francisco Izquierdo– “confederación de colinas urbanizadas por diferentes y extrañas civilizaciones, comunidad a la que los propios vecinos definen como el ‘follae-ro’ de María Santísima”. ...Y hubo una sonrisa generalizada de complicidad cuando el giennense, aunque afincado en la capital del Cenachero, amonestó –medio en serio, medio en broma– no sólo por la ausencia de contactos entre los creadores de este género literario de Granada y Málaga, sino que llegó mucho más lejos: por el recíproco desconocimiento de quienes se dedicaban a garabatear cuartillas contando historias. Una pena esto de no encontrarse, aun frecuentando ambientes idénticos, si bien separados por una distancia que en estos tiempos que corren no lo es tal. ...Y es que esa maldita distancia –permítaseme este golpe de sinceridad– habita más en la indiferencia al texto ajeno y en el desmedido amor a la creación propia que en el kilometraje.

Pues bien; confieso con cierto rubor que hasta hace sólo un par de años o tres no sabía de la existencia de Gregorio Morales. Te pido perdón, Gregorio. Ni siquiera puedo poner como excusa que residio en una ciudad distinta: los dos respiramos ese aire –ya menos puro, por el monstruo irracional de la contaminación– que baja de Sierra Nevada; y los dos tenemos por horizonte –ya menos natural, por otro monstruo, primo del anterior, al que llamamos especulación– esa Vega que en su día ensalzara Federico García Lorca. Incluso los suspiros de ambos –supongo, y creo que no será mucho suponer– habrán navegado por los mismos ríos. En mi descargo –¿qué quieres que te diga, Gregorio?–, la casi plena dedicación a un género diferente al que a ti te quita el sueño, al que buscas y encuentras horas incluso a costa de robárselas a otros menesteres tan necesarios para tu equilibrio como ser humano: la familia, la profesión, etcétera. Espero que en una futura conferencia, Francisco Morales Lomas –nuestro incondicional amigo Paco– sea benevolente por mi torpeza.

Pero prefiero dar la cara y reconocer esa ignorancia en que me encontraba inmerso, antes que vivir acomodado en su regazo, abrazado mortalmente por la engañosa felicidad del que no sabe ni le interesa saber; prefiero gritar una vergonzosa verdad, antes que, escondido tras la máscara ruin y cobarde de un anonimato, emitir juicios –por cierto, poco juiciosos (valga la redundancia)– en pentagramas poéticos de baja estopa que sólo conducen a una letanía estéril que transparente envidia y malafollá a espueñas, a una verborrea inútil que trasluce la agónica insatisfacción personal de alguien –perdón: de algo– que no se atreve a dar el paso para entender de otros géneros literarios. ...Y es que esa máscara no oculta su nombre, sino su ignorancia; ese ridículo disfraz no

esconde sino el desprecio a sí mismo, pues no estima lo suficiente su firma como para plasmarla junto a su creación.

...Y desde hace meses vengo disfrutando una parte del tiempo que dedico a los libros a leer novela, poesía e incluso –algo inimaginable para mí– ensayo. ...Y he descubierto mundos nuevos, universos fantásticos creados por mentes soñadoras que se miran temprano todas las mañanas a espejos distintos al que yo me miro. ...Y ando últimamente tratando de encontrar algún reflejo, aunque sea ínfimo, de tu espejo, Gregorio, porque eres un auténtico creador.

Iba a decir, sin más, que había leído detenidamente el discurso de Gregorio Morales. Si lo dijera de semejante guisa, estaría engañando a este respetable auditorio. Lo he releído; y, además, con una atención y un agrado fuera de lo común. ...Y no porque lleve por título *¿Qué es erotismo?*, sino porque su pausada lectura va enganchando poco a poco, de igual manera que secuestran la voluntad los efluvios de ese vinillo costa que paladeamos en esta bendita tierra.

Digo que me he enfrascado en una reposada lectura porque Gregorio Morales, partiendo del erotismo y buceando en la obra de los principales literatos de la España actual, muestra su preocupación por el conocimiento del ser humano. Como no podía ser menos, en ese puñado de páginas nos ofrece una visión de la estética cuántica –todos sabemos, defendida a capa y espada por Gregorio–, que sitúa al ser humano en el centro del universo como protagonista de la creación de su propia realidad. ...Y nos ofrece un nuevo concepto de erotismo, surgido como consecuencia de las nuevas corrientes filosóficas y artísticas, entendido como –en palabras del propio Gregorio– “uno de los posibles modos de

individuación”, es decir, “el proceso por el cual un hombre y una mujer se despojan de todas aquellas características que no les son intrínsecas para hacer emerger aquello que les es único e irrepetible y que no tuvo, tiene ni tendrá jamás ningún otro ser humano”.

Es curioso, pero estas líneas, que dejan entrever el talante inquieto del nuevo académico por saber, por traspasar las fronteras del conocimiento del hombre, me llevan hasta Delfos. Deformación profesional –que diría más de uno, aunque no es el caso–, pero quienes estamos unidos a las Letras se nos va algo más que la mirada hacia ese “onfalos” del que nos viene dado hasta el aliento. ...Y en Delfos dejé correr la imaginación para poder ver la máxima que un día resplandeció en el Templo de Apolo: “Conócete a ti mismo”.

Este incansable buscador de la belleza que es Gregorio Morales, creador de su propia realidad, defensor de la hipótesis de que la materia puede ser inteligente, luchador infatigable bajo cuya responsabilidad se mantiene con vida *El cadáver de Balzac*, tiene desde hoy su sitio en esta casa que acoge a quienes reúnen las capacidades creativas que tú posees. Por ello, en nombre de mis compañeros, te doy la más cordial bienvenida a este foro literario que es la Academia de Buenas Letras de Granada.

Muchas gracias.

Este discurso, editado por la
Academia de Buenas Letras de Granada,
se acabó de imprimir en Granada,
el 6 de marzo del año 2005,
LXXVII aniversario del nacimiento
del escritor colombiano Gabriel García Márquez,
en los Talleres de La Gráfica S.C. And.,
estando al cuidado de la edición
el Ilmo. Sr. D. Pedro Enríquez,
Bibliotecario de la Academia.

Granada,
MMV